

## *11. A veces vuelven*

*Ground control to Mayor Tom*

*Commencing countdown, engines on,*

*Check ignition and may God's love be with you*

***Control Tierra a Mayor Tom***

***Comenzando cuenta regresiva, motores encendidos.***

***Compruebe ignición y que el amor de Dios esté contigo.***

*Eleven, Ten, Nine, Eight, Seven, Six, Five, Four, Three, Two, One, Liftoff*

***Once, diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno, despegue.***

*This is Major Tom to Ground Control*

*I'm stepping through the door*

*And I'm floating in a most peculiar way*

*And the stars look very different today*

***Mayor Tom a control Tierra***

***Estoy pasando a través de la puerta***

***Y estoy flotando en la forma más peculiar***

***Las estrellas se ven muy diferentes hoy***

*For here Am I sitting in a tin can*

*Far above the world  
Planet Earth is blue  
And there's nothing I can do*

***Porque aquí estoy sentado en una lata  
Lejos, arriba del mundo  
El planeta tierra es azul  
Y no hay nada que yo pueda hacer***

*Espace Oddity, David Bowie, 1969*

*Sábado 24 de Diciembre de 2011, 23:00*

Juan fue a buscar otra botella de vino. Cuando volvía al patio de su casa, en dónde estaba puesta la mesa de navidad, y vio lo felices que estaban todos, se quedó un momento en el umbral de la puerta mirándolos. Tenían muy buenas razones para festejar y, la principal de ellas, era que estaban todos vivos.

Eduardo había recuperado la conciencia tres días atrás en el hospital de Gonnet, cerca de La Plata. Había estado diecinueve días en coma, luchando contra un hematoma dentro del cráneo, solo, tomado por un borracho sin familia. Al despertarse, había llamado a Juan con el celular que le había sacado casi por la fuerza a una de las enfermeras. Hablaba con voz gangosa, y Juan tardó en reconocerlo, por lo que una de las primeras cosas que hizo Eduardo al despertar fue enojarse.

Otro de los motivos que tenían para estar felices eran los reencuentros. Sara, con Sonia y Antonio, a quién se veía encantado con la navidad estival y que había

decidido quedarse hasta más allá de año nuevo. Y Laura con Bárbara, una amistad olvidada que había rejuvenecido de repente.

La amistad no era lo único que había rejuvenecido, Juan se sentía más joven, más vivo, ya no le importaba tanto el trabajo y había dejado de mirar noticieros en la tele. Estaba contento porque los verdaderos disfrutes de la vida habían vuelto a ser lo que eran: la familia, y ese nuevo y fantástico grupo de amigos que tenía frente a él. Hasta el marido de Bárbara, que siempre había sido poco afecto a las reuniones, ahora hablaba entusiasmado con Antonio mientras miraba de reojo a su valiente esposa. Al mismo tiempo, el profesor Constantini, que ya había bebido unos cuantos vasos de Malbec y estaba con todos los circuitos funcionándole a pleno, daba lecciones a Santiago, Sofía y los hijos de Bárbara y Sonia acerca de viajes interestelares. Los más chicos lo escuchaban con la boca abierta, mientras que Sofía y uno de los hijos de Barbie, que ya eran casi adolescentes, lo tomaban a gracia y hacían gestos burlones que el honorable profe fingía no ver.

Alberto le dio un beso en la mejilla a Sara, tomó su copa y se levantó de la mesa. Caminó hasta donde estaba Juan.

—Vamos adentro —le dijo.

En la cocina, Juan llenó las copas de nuevo. Alberto lo miró pensativo.

—Voy a volver —dijo.

—No te parece que ya tuviste bastante.

—No puedo dejar que Green haga lo que quiera. Para mí ya es algo personal. Una cosa es que nos hubieran echado, pero otra muy distinta es secuestrarnos y hacernos daño. No lo puedo dejar así.

—Ya no puedo acompañarte. —Juan señaló hacia el patio—. Fijate qué felices están todos. No le voy a quitar eso a mi familia.

—Ni yo lo pretendo. Voy a ir con profesionales y, por supuesto, no vamos a ir por las buenas.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

—Sí, pero no lo comentes. Nadie lo sabe, ni Sara tampoco. Yo te voy a avisar cuando todo haya salido bien.

—Dale. Ahora volvamos a la fiesta.

Esa noche, después de que todos se fueron, Juan se quedó limpiando y ordenando el patio mientras Laura se encargaba de la vajilla. Cuando Laura terminó en la cocina, a él todavía le quedaba pendiente guardar la mesa y las sillas en el galpón. Le dijo a Laura que se fuera a dormir, que él iba en seguida, pero cuando cerró el galpón se encontró con que no tenía sueño. Le había quedado dando vueltas en la cabeza lo que le había dicho Alberto y estaba un poco molesto. ¿Para qué se lo había contado a él? Hubiera preferido no saber nada. Se le había roto el encanto de la fiesta. Pasó por el comedor y encendió la tele. Cambió de canal hasta que encontró una película interesante. Se acurrucó en el sillón y, de a poco, fue cediendo terreno al sueño.

*La luz se encendió y otra vez la chica lo llevaba por los relucientes pasillos hasta la sala de control. Porque eso era, sin duda, un gran espacio redondo con una docena de personas en sus puestos. Allí la luz era tenue, quizás para poder ver los incontables monitores de datos. La chica... ¿Sara? ¿Laura? ¿O María, la del diario de Juan Pereyra? Ella lo llevaba a un costado y le volvía a enseñar la pantalla. Números azules que cambiaban vertiginosamente. Se quedó mirándolos, hipnotizado, y de pronto algo entró en su cerebro. Algo eléctrico, una onda de radio, un ultrasonido, ¿telepatía? Todo se aclaró. Los números ahora eran legibles.*

*Era una cuenta regresiva.*

*Y no le faltaba mucho para llegar a cero.*

Una corriente de aire frío lo despertó. Miró hacia la puerta del patio que había quedado abierta. Se levantó del sofá con las piernas hormigueándole para cerrarla, luego fue hasta su cama y observó durante un minuto como Laura dormía. Él también se acostó y durmió profundamente, sin sueños.

*Martes 27 de Diciembre, 19:44*

Michael Green observó el fluido verde y en su rostro se dibujó una amplia sonrisa. Levantó el recipiente con el líquido y lo olió. El aroma era intenso, entre la menta y el alcanfor. Empezó a sentir como sus fosas nasales se abrían. Entonces, se lo llevó a la boca y absorbió una pequeña cantidad, dejando que la sustancia recorriera su lengua, saboreándolo. Lo tragó y sintió como el calor bajaba por su garganta. Luego bebió el resto del vaso y su cuerpo revivió. Lo había logrado. Por fin había descubierto el elemento que faltaba y ahora el elixir funcionaba. Ya se podía decir que era el elixir de la larga vida... y de la fuerza... y del poder. Sería invencible y podría doblegar a quienes estaban buscándolo. Y lo había logrado justo a tiempo. Hacía rato que sentía que su cuerpo y su mente se estaban debilitando. Por esa causa había cometido errores y no había sabido encontrar las soluciones correctas. Habían surgido problemas y por un momento había llegado a pensar en el fracaso, pero, al final, la suerte se había vuelto de su lado. Ahora que sabía cuál era el elemento que le había faltado para hacer funcionar la procesadora de resina. Casi le causaba gracia: la luna. Esa fría y odiosa luna que giraba en torno a este lujurioso planeta. Por primera vez, después de tanto tiempo de estar aquí, pensó que esa luna no pegaba para nada con el estilo de su planeta. Pero así era en general el universo: estaba hecho con cosas que no pegaban entre sí. El elemento que sí había congeniado con el planeta Tierra era él mismo. Aquí se sentía como en

el mismísimo paraíso, porque él era como un rey, podía mandar a quien quisiera y casi todas las personas le hacían caso. Y quería quedarse. Quería quedarse para siempre. Y eso también tenía que ver con que la máquina hubiera funcionado justo a tiempo. Y es que faltaba muy poco para que llegaran unas personas que querían perjudicarlo. Pero esta vez se había preparado para combatirlos. Había reunido todos los elementos necesarios y les daría una buena sorpresa. ¡Sí! ¡Una gran sorpresa se llevarían esos idiotas que se creían perfectos en cuanto intentaran tocarlo. Le causaba gran satisfacción imaginarse su venganza. Tenía hambre, mucha hambre, porque su metabolismo se había reactivado con el elixir.

Fue a la cocina y devoró todo lo que había, cocido o crudo. Abrió una botella de vino y la bebió en cuatro tragos. Se sentía completo, en estado de plenitud. Volvió a acostarse y durmió como un ángel, sin pesadillas por primera vez en mucho, mucho tiempo.

### *Miércoles 28 de Diciembre, 11:31*

Sara se sentía decepcionada. Había llegado a pensar que podía compartir parte de su vida con Alberto, pero cada vez más comprobaba que él no era el mismo después de haber salido del cautiverio. La conexión entre ellos parecía haberse extinguido. ¿O quizás sólo habría sido un destello momentáneo? Él continuaba llamándola todos los días, pero eran como llamadas de rutina, como si estuviera pasándole un informe a un superior o como si estuviera pensando siempre en otra cosa. Por momentos, creía que estaba siendo demasiado exigente con él, y que lo único que le ocurría era que estaba pasando por un típico episodio de stress postraumático. Alberto había estado encerrado solo y eso podía representar una gran diferencia. No había tenido la suerte que había tenido ella de estar acompañada en el encierro.

Pensó que no le quedaba otra alternativa que esperar un tiempo y dejar que las cosas se decantaran por sí solas. No serviría de nada forzar la situación. Si después de un tiempo las cosas continuaban sin funcionar, ya vería qué hacer. Especulaba con volver a su tierra, pero sólo de pensarlo le surgían sensaciones muy encontradas. Por un lado, extrañaba algunas cosas: los amigos, las montañas, el mar. Pero, en otro sentido, aún era muy intenso su sentimiento hacia Alberto y hacia lo sucedido en los últimos meses. Toda esa combinación, le producía desconcierto. Sentía que necesitaba hablarlo con alguien.

Miró a Sonia mientras preparaba el almuerzo. No iba a hablar con ella, ya la tenía loca de tantas historias. Entonces sonó el teléfono, tres, cuatro veces. Sara atendió la llamada.

—Hola —dijo.

—¿Sara? —era la voz de Juan.

—Sí.

—Eduardo ya está en casa

—¿De verdad? ¿Tan pronto?

—Sí, huyó del hospital. Los médicos le insistían en que todavía necesitaba quedarse en observación, pero salió firmando un deslinde de responsabilidad. Típico de Eduardo. Siempre hace lo que se le canta.

—¡Qué buena noticia! Me alegro mucho de que ya esté con ustedes.

—Sí, yo también estoy contento. Le hice prometer que se quedara en mi casa por lo menos una semana.

—Parece lo más razonable.

Sara pensó en lo bueno que sería volver a ver a Eduardo y conversar un rato con él y con Juan. Seguramente, Eduardo querría contar su versión de los hechos, y vio la oportunidad de tener la conversación que necesitaba.

—¿Puedo ir a visitarlos? —preguntó.

—Sí, claro.

—¿Ahora mismo puede ser?

—Cuando quieras. Te esperamos.

Cerró la llamada y miró a Sonia.

—Me voy a Quilmes —dijo.

—¿No te quedás a comer?

—No, gracias. Eduardo salió del hospital y quiero verlo.

—Bueno. No vayas en tren, que roban.

Sara intercambió con su amiga una mirada que terminó en carcajadas.

Después de haber recibido la llamada de Juan, la melancolía de la mañana se había transformado en una nueva dosis de entusiasmo. Al bajar del tren en Quilmes, cerca del mediodía, hacía un calor y una humedad infernales, pero, por suerte, en la casa de Juan, Laura la recibió con un jugo de frutas helado.

Tal como imaginaba, Eduardo estaba exultante y no paraba de hablar. No parecía un hombre que había salido del coma hacía cinco días. Sólo en lo físico se le notaba una cierta lentitud de movimientos, pero mentalmente era una luz como siempre. Laura tuvo que obligarlos a que interrumpieran la charla para que se sentaran a la mesa. Una vez servido el almuerzo, Eduardo se entretuvo con una pata de cordero, lo que le permitió a Sara ir sacando lo suyo.

A medida que iba avanzando la tarde, Sara empezó a percibir que Juan se comportaba de un modo extraño. Estaba como en otra cosa. ¿Cómo Alberto? A Juan había llegado a conocerlo de una manera muy especial. Había pasado catorce días encerrada con él en una habitación y, en esas condiciones, siempre se produce una conexión profunda entre las personas. Quizás por eso podía darse cuenta de que algo no andaba bien en él. Juan la miraba de vez en cuando mientras Eduardo hablaba. En la primera oportunidad, ella había respondido a esa mirada con una sonrisa, pero él había mirado para otro lado. Había algo que no cuadraba. Más tarde las miradas de Juan se repitieron, por lo que terminó sintiéndose incómoda. Decidió que era mejor irse. Saludó con cortesía a todo el mundo y salió a la calle.



Había caminado tres cuadras cuando oyó la voz de Juan y, al darse vuelta, lo vio venir corriendo. Sara vio preocupación en su gesto y, cuando llegó junto a ella, lo abrazó mientras él recuperaba el aliento. Al notar que su respiración se regularizaba, separó el rostro de su hombro y lo miró.

—Me parecía que algo no andaba bien —le dijo.

—Es que no termino de decidirme si está bien contarte o no.

—Y... Ya estás aquí. Cuéntame.

—Alberto piensa ir de nuevo al complejo.

Sara levantó la vista hasta la copa de los árboles. ¿No podían las cosas quedarse tranquilas de una vez?

—Tendría que habérmelo imaginado —dijo—. Ahora entiendo ese comportamiento tan raro que tiene.

—Lo que más me preocupa es que piensa ir con unos amigotes que él llama profesionales. No sé si será idea mía, pero me los imagino tipo Rambo disparando a mansalva.

—Ah, vale. Me quedo más tranquila entonces.

Vio que Juan ponía una cara entre sorprendido y arrepentido.

—No te preocupes —dijo—. Por lo menos ahora ya sé a qué atenerme. Él estaba muy raro y yo pensaba que ya no quería estar más conmigo.

—Hay otra cosa que quiero contarte y que no tiene que ver con Alberto.

—¿Qué es?

—Volví a soñar... El sueño es el mismo de las otras veces, sólo que al final logro comprender qué significan los números que cambian en el monitor.

—¿Y?

—Es una cuenta regresiva, a la que le falta poco para llegar a cero.

Sara reflexionó un momento.

—Pero, ¿le faltan minutos, horas, meses? ¿Qué cosa es lo que falta? ¿Kilómetros, altura, velocidad disminuyendo?

—Creo que podría ser cualquiera de esas cosas. Lo importante es que sea tiempo, distancia o el combustible que se está por agotar, es urgente. Está punto de acabarse.

—Vale. Ya hemos tenido oportunidad de comprobar que en tus sueños ha habido una parte de realidad. Así que creo que deberíamos estar atentos. Quizás tenga algo que ver con los planes de Alberto.

—Es posible. ¿Qué vas a hacer con él? ¿Vas a intentar detenerlo?

—No, sería inútil. Ya sabes cómo es Alberto. Estoy pensando que quizás lo mejor sea estar lo más cerca posible de él por si necesita ayuda, pero sin que él lo note, claro está. ¿Te ha dicho cuando tiene planeado concretar el ataque?

—No. Me dijo que me avisaría cuando ya estuviera hecho.

—Intenta averiguar cuando ve a ser.

—Lo haré. Bueno, me voy a casa antes de que me extrañen.

—Ok. Mantengamos el contacto, y cuídate.

—Vos también. Cuidate.

Sara se quedó mirando cómo Juan se alejaba rumbo a su casa. Al verlo dar la vuelta a la esquina se puso en marcha y emprendió el regreso a la casa de Sonia.

*Viernes 30 de Diciembre, 15:58*

En el patio de la casa había una parrilla que hacía mucho tiempo que no se usaba, y que se había terminado transformando en otro lugar más en dónde guardar los trastos. Esa tarde, después de almorzar, Juan sacó todo lo que estaba dentro de la parrilla y lo tiró a la calle. Los chicos también colaboraron en la tarea. Luego comenzó a limpiar la parrilla.

La noche anterior había llamado a Alberto y le había preguntado acerca de cómo iban los preparativos para la operación. Alberto le había respondido con poco interés que la cosa se había retrasado, que tenía toda la operación diagramada pero que sus contactos estaban muy «jubilados» y con pocos ánimos. También le había dicho que se estaba complicando la cuestión de conseguir las armas adecuadas. En definitiva, que aún estaba a la espera.

Durante esa mañana, Juan se había ocupado de hacer los llamados pertinentes para volver a reunirlos a todos para la cena de año nuevo, pero esta vez no había logrado el consenso. Parecía que existía una ley que decía que las experiencias felices resultaban difíciles de repetir. De todas formas, tendría invitados, empezando por Eduardo que aún estaba en casa, y continuando por Bárbara. Los hijos de ella tenían edades casi idénticas a los suyos propios, aunque con los sexos invertidos. Durante los días que Laura y Bárbara habían pasado buscándolo, habían estado los cuatro juntos al cuidado del marido de Bárbara y se habían hecho buenos amigos. Ahora las dos familias tenían más razones para compartir las fiestas.

El motivo de acondicionar la parrilla era que había decidido lucirse haciendo un asado. Había comprado un costillar, morcillas, mollejas, chorizos, riñones... de todo. Ya se relamía de sólo imaginarlo. Mientras tanto, Laura había salido a hacer las últimas compras. Se le fue la tarde, entretenido con los preparativos.

A última hora, se acordó de algo especial: no podía haber fiesta de año nuevo que se precie sin fuegos artificiales. Salió a comprarlos temiendo que los negocios ya hubieran cerrado. Sin embargo, llegó a tiempo y consiguió algunos de los mejores artilugios explosivos que había visto en mucho tiempo. Esa noche, al acostarse, repasó mentalmente las cosas que tenía que hacer al día siguiente, mientras el sueño se iba apoderando poco a poco de él.

*Sala de control*

*No había nadie a los mandos de la nave. Estaba solo. Alguien le tocó el hombro. Era Sara. Estaba vestida con un uniforme blanco, ajustado al cuerpo, con dos tiras verdes a la altura del antebrazo. La expresión de ella era de urgencia. La cuenta regresiva estaba por llegar a cero. El tiempo y la distancia se extinguían. Por primera vez en todos sus sueños, ella habló:*

*«Tenemos que ir hacia la luz, como cuando estábamos atrapados»*

*Por las ventanas de la sala de control se percibía un resplandor azulado que iluminaba el lugar desde abajo.*

*Sara lo tomó de la mano y lo llevó hacia el gran ventanal. Al acercarse, el resplandor aumentaba hasta hacerle entornar los párpados. Ambos apoyaron las manos sobre el cristal y miraron hacia abajo.*

*Y allí estaban, flotando por encima del mundo, aproximándose al planeta azul.*

Juan despertó sintiéndose en paz. Ya no había urgencia. Ahora sabía lo que iba a pasar. Ya no sería necesaria la operación de Alberto porque ellos se encargarían de todo. Lo único que le había pedido la Sara de la nave, era que fuera testigo, como lo había sido Juan Pereyra hacía ciento cuarenta y cuatro años. Y que guardara el secreto revelándolo sólo a las personas que estuvieran preparadas. Ese iba a ser su regalo en pago por sus servicios, porque la Sara de la nave le había asegurado que, lo que habían hecho ellos cuatro, no había sido en vano. Había servido para distraer y retrasar al enemigo.

Pasado el mediodía, con todos los preparativos para la cena de año nuevo terminados, decidió que se merecía una soberana siesta. Encendió el aire acondicionado y se acostó. Esta vez no tuvo sueños y se despertó con la sensación de haber dormido mucho tiempo, pero al mirar el reloj se percató de que sólo habían pasado de veinte minutos. Era muy raro. Sin saber por qué, sintió la necesidad imperiosa de ir al galpón. Al salir afuera, recibió el golpe de los treinta y

seis grados de temperatura de la tarde estival, pero eso no lo amilanó y continuó andando hasta encontrarse frente a frente con su bicicleta roja. La bici lo miró... y le pidió que la montara. Nunca había sabido de una bicicleta que pidiera ser montada, pero en este momento no tenía dudas de que así era. Trató de acordarse de qué cantidad de vino había ingerido durante el almuerzo. ¿Dos vasos? ¿Tres? No más de tres, seguro. No creía que el vino fuese el problema.

Dejó de resistirse y tomó la bici. La notó liviana, mucho más que de costumbre... y quería salir a la ruta. ¿Se estaba volviendo loco? Bobadas. La bici quería salir a pasear y punto, y él la iba a llevar por más calor que hiciera. Después de todo, si la gente saca a pasear el perro, ¿por qué no iba a poder él sacar a pasear su bici?

Montó en la bici y salió por el pasillo lateral hacia la calle. Al llegar a la esquina, tocó el freno con la intención de volver para avisarle a Laura que salía. ¡Bah! ¿Para qué? Igual iba a volver enseguida. Soltó el freno y metió pedal, lanzándose hacia adelante. El asfalto hervía y las bocanadas de aire caliente le cocinaban el rostro. Sin embargo, los pedales tomaban velocidad como si en vez de salir a la peor hora de la tarde hubiera salido en pleno frescor de la mañana. ¿A dónde iba? No importaba... porque la bici sabía y le decía cuando girar a la izquierda o a la derecha. Sentía el llamado de la antena. Esa antena que con sus largas raíces llegaba hasta lo más profundo de la tierra para extraer sus virtudes y sus vicios.

Era la antena colectora del bien y del mal, el Árbol de Cristal, y lo estaba llamando.

*Sábado 31 de Diciembre, 19:11*

Había demorado más que otras veces en llegar a Constitución. Era feriado, y los subtes y los trenes tenían menor frecuencia. Además, seguía haciendo un calor tremendo, insoportable, más insoportable aún que en Andalucía.

El tren comenzó a alejarse del andén. Sara seguía teniendo sentimientos encontrados. Una sensación de estupidez por estar haciendo un viaje inútil, y la vergüenza anticipada de llegar tarde a la cena de fin de año en la casa de Sonia. Por otro lado, sentía que estaba haciendo lo correcto: que aunque fuera sólo para sacarse la duda, valía la pena hacer ese viaje.

Lo curioso era que a pesar de que Alberto seguía en estado de estupidez, no había dejado de llamarla en todos estos días, aunque sólo fuera para decirle buenos días, pero hoy, justo hoy, nada, había desaparecido.

Sobre las cuatro de la tarde había marcado el número de Juan. La había atendido Laura, y le había dicho que Juan había salido hacía una hora con la bici, que no se había llevado el teléfono y que no le había dicho a dónde iba. Había percibido un tono de evidente preocupación en voz de Laura.

Mientras el tren pasaba por la estación de Bernal, Sara volvió a mirar su reloj. Eran más de las siete de la tarde, hacía ya tres horas que Juan había salido de su casa. ¿Habría vuelto? Estaba tentada de volver a llamar, pero no quería volver a enfrentarse a la preocupación de Laura. De todas formas, suponía que Laura la habría llamado en el caso de que Juan hubiera regresado, o Juan mismo lo habría hecho.

A las ocho el tren dejó la estación de Hudson. Casi toda la gente se había bajado allí y Sara se quedó sola en el vagón, lo que le hizo volver a preguntarse si no estaría haciendo una idiotez viajando hasta allí en la noche de fin de año.

Como no podía ser de otra manera, fue la única persona que bajó del tren en la estación Pereyra, y el silencio reinante le hizo tomar conciencia de lo solitario que

era el lugar. Parecía que los habitantes de las pocas casas que había en los alrededores se habían ido a esperar el año nuevo en casa de familiares que vivieran en algún lugar más civilizado.

Miró el paisaje a su alrededor y dudó. Su mirada se detuvo en el andén opuesto. ¿No sería mejor ir allí y tomar el primer tren que viniera desde La Plata antes de que cayera la noche?

Con gran esfuerzo de voluntad salió de la estación y empezó a caminar. El bosque estaba desolado. Ya no había ciclistas ni caminantes, y a pesar de que los últimos rayos del sol aún rozaban las copas de los árboles más altos, la oscuridad ya se hacía presente. Empezó a trotar e intentó no pensar más. Quizás aún pudiera llegar a casa de Sonia para los postres. ¿Pararía el tren en la estación Pereyra una vez avanzada la noche? Sería de verdad triste entrar al nuevo año sola en la oscuridad.

En menos de diez minutos, llegó hasta dónde tenía que desviarse del camino principal y meterse en el sendero que llevaba al Altar de la Virgen. Dentro del sendero estaba aún más oscuro, pero prefirió no utilizar aún la linterna. Intentaría llegar al árbol sin encenderla. Cinco minutos después, llegó hasta la virgen y fue a comprobar la parte trasera del altar. Era cierto lo que Laura le había contado, ya no había más escalones de mármol. La entrada había sido sellada con hormigón. Reanudó la marcha para recorrer los cien metros que la separaban del puente roto. Para cruzar el puente no tuvo más remedio que encender la linterna, porque no veía dónde estaban los hierros y corría riesgo de caer. Luego de cruzar, volvió a apagar la luz. Sólo le faltaban cuatrocientos metros para llegar y, como ya no había bifurcaciones por delante, decidió avanzar a tuestas. Abrió los brazos y, si tocaba ramas a la derecha, torcía un poco a la izquierda, lo mismo a la inversa. El último tramo se le hizo más largo de lo esperado y en un momento dado llegó a dudar de si estaba en el camino correcto. Cuando ya estaba a punto de desistir y encender la luz, se topó con un árbol grande justo en el medio del sendero. Por lo rugoso de la

corteza supo que era una araucaria, y sabía que había un árbol así justo antes de llegar al claro del Árbol de Cristal. Se quedó quieta un momento, intentando oír cualquier sonido que delatara la presencia de alguna persona en el lugar, pero sólo oyó los crujidos de las ramas altas movidas por el viento. Todo parecía estar en paz.

Avanzó con la idea de llegar hasta el tronco caído en dónde había almorzado el día de su primera visita. Lo encontró con más facilidad de lo que creía y se sentó en él. Si hubiera sido de día, desde allí habría podido ver el Árbol de Cristal justo frente a ella, a unos veinticinco metros de distancia. Con el correr de los minutos empezó a distinguir las formas del claro. En un principio pensó que era porque sus ojos se estaban acostumbrando a la ausencia de luz, pero cuando levantó la cabeza vio algo que la dejó anonadada.

Las ramas más altas del Árbol de Cristal brillaban. Esa era la causa de la incipiente luminosidad. Era cierto entonces lo que se decía. La luna creciente iluminaba la copa del árbol que, movida por una suave brisa, reflejaba pequeñas luminosidades móviles y cambiantes.

A medida que la luna iba ganando altura, una mayor porción del árbol resultaba expuesta a su luz, y los reflejos, cada vez más blancos, iban aumentando de intensidad mucho más allá de lo que Sara hubiera creído posible. Toda la mitad superior del árbol relucía en hermosos destellos plateados, y el movimiento que daba el viento a las ramas más altas, hacía que se produjera un extraño efecto que hacía parecer que el árbol estuviera bailando. Era un espectáculo sobrecogedor. En pocos minutos, la luminosidad fue tal, que ella misma comenzó a sentirse demasiado al descubierto, y decidió internarse un poco en el bosque. Ver el árbol en esas condiciones le hizo recordar el relato de Alberto cuando había dicho que parecía que el árbol ardía con fuego blanco. Y así era: ardía, y era hermoso.

Por un instante, le pareció percibir que desde la copa del árbol se levantaba un tenue y fino haz de luz que se proyectaba hacia el cielo nocturno, pero un segundo después ya no lo veía. A lo lejos, escuchó el inconfundible sonido de un trueno.



¿Estaba pronosticado que lloviera? No tenía ni idea, pero lo mejor sería emprender el regreso. Ya no sentía que hubiera hecho el viaje en vano. Había visto el Árbol de Cristal en todo su esplendor. Su intuición la había llevado hasta algo precioso, y era tiempo de volver a casa. Pensó en tomarse este episodio como la señal de un nuevo comienzo. De un muy buen comienzo.

El árbol empezó a perder brillo poco a poco mientras otro trueno sonaba a lo lejos. Encendió la linterna y empezó a caminar. Habría hecho algo más de cien pasos cuando el estruendo de un disparo la sobresaltó. Algunos pájaros asustados por el inesperado sonido levantaron vuelo graznando. Sara se quedó inmóvil. ¿Sería un artefacto pirotécnico en vez de un disparo? Era difícil saberlo. El sonido parecía haberse producido muy lejos, aunque, dentro del bosque, todos los sonidos llegaban distorsionados y era muy difícil calcular las distancias. Después de un par de minutos, reanudó la marcha en dirección al puente roto. Cuando lo estaba atravesando oyó otros dos disparos, pero esta vez el sonido había sido más nítido, más cercano. Podría ser pirotecnia, pero no pensaba quedarse a comprobarlo.

Al terminar de cruzar el puente y mirar hacia delante, vio algo que la alarmó. En el Altar de la Virgen había velas encendidas, pero no dos como siempre, eran por lo menos dos docenas. Lo preocupante era que no había ninguna vela encendida cuando había pasado por allí hacía media hora.

Salió del sendero y se acercó al altar a través del follaje. No veía a nadie. Había velas de diferentes colores: rojo, naranja y amarillo. ¿Las habría traído alguien con la intención de adornar el altar en la noche de año nuevo?

En ese momento, oyó voces acercándose. Se escondió en una zona dónde las sombras eran más profundas. En el sendero que iba hacia la estación del tren vio moverse luces de linternas. Unos segundos después, aparecieron media docena de personas rodeando el altar. Le pareció que eran policías, pero cuando la luz de las velas los iluminó de lleno, pudo ver con claridad que se trataba de soldados con su

indumentaria completa: uniforme camuflado, casco y fusil. Giraron por el sendero que se dirigía a la antigua garita de vigilancia y se alejaron.

¿Qué harían esos tipos por aquí? Sentía dos tentaciones opuestas: las ganas de volver pronto a casa de Sonia para saborear el asado y la curiosidad de ver a dónde iban los soldados. Pensó que podría hacer lo primero sin entretenerse demasiado y luego ir a por la cena.

Salió de entre los árboles y siguió el sendero por el que habían desaparecido los soldados. Caminó enfocando la linterna hacia el suelo lo más posible para evitar que, en caso de que alguno se diera vuelta, pudiera verla. Cada tanto paraba y miraba hacia atrás para asegurarse de no ser sorprendida por un segundo grupo. Empezó a sentir que las piernas le temblaban por los nervios una vez más, pero la adrenalina se encargaba de seguir empujándola hacia adelante.

Una gota cayó en su hombro.

Poco antes de llegar a la garita abandonada, escuchó ruidos de vehículos en marcha y conversaciones en voz alta. Pocos pasos más adelante, entrevió luces de autos y linternas. Había varias personas hablando al mismo tiempo, pero no llegaba a entender lo que decían. Se internó entre la vegetación hasta llegar al borde del claro. Desde allí pudo ver que el grupo de soldados se había reunido con otro grupo más numeroso que parecía haber llegado en los vehículos. Un militar, que sin duda era quién estaba al mando, hablaba por radio, apoyado en uno de esos *humvies* del ejército argentino. Más atrás, en el camino, había otros dos *humvies*. El último de ellos, tenía enganchado un remolque con algo grande que le sobresalía por arriba y por los costados.

En ese momento se volvieron a oír varios disparos hacia el oeste.

El militar que estaba con la radio se dio vuelta.

—Tomaron el edificio principal de la escuela —dijo—. Ustedes, vayan por el sendero del arroyo y sorpréndanlos desde el sur. Todos los demás, a los vehículos. Vamos a tomar las posiciones que previstas originalmente.

Todos cumplieron las órdenes con celeridad. Los vehículos se pusieron en marcha y, cuando el último de ellos pasó frente a ella, pudo ver qué cosa era lo que portaba en el remolque.

Era una batería antiaérea.

Parecía que de pronto estaba por comenzar una guerra. Lo interesante era saber quién luchaba contra quién. Tenía que encontrar a Alberto como fuera. Para eso, no le iba a quedar más remedio que ir hacia dónde se oían los disparos.

Esperó que los vehículos se alejaran, cruzó el camino y se internó por el sendero en el que habían desaparecido los soldados de a pie. Se oían disparos desde dos lugares distintos hacia el oeste, y daba la impresión de que unos les respondían a los otros. Caminó lo más rápido posible, teniendo cuidado de no alcanzar a los soldados que la precedían. Después de cinco minutos de marcha, se oyó un tiroteo infernal. Un momento después, disminuyó de intensidad para luego arreciar de nuevo.

La lluvia iba aumentando poco a poco de intensidad. La ropa comenzó a empaparse y empezó a sentir frío. A medida que avanzaba, el sonido de los disparos se iba quedando hacia la derecha. El sendero la llevaba por la margen sur del arroyo hacia el Camino Centenario, pero si quería ir hacia la escuela de policía, en algún momento tendría que atravesar el curso de agua e internarse en el bosque hacia el norte.

Poco después, empezó a oír el sonido de un vehículo detrás de ella. Era evidente que pertenecía a un motor grande, como el de un camión y, sin duda, estaba acercándose. Resultaba extraño, porque el sendero era demasiado angosto como para que pasara cualquier vehículo de cuatro ruedas. El sonido del motor empezó a mezclarse con el de ramas rompiéndose y recordó algo que le había comentado Alberto: la mayoría de esos senderos habían sido caminos en la época de la estancia. Eso se podía deducir del hecho que a ambos lados del sendero, en la franja que había ocupado el antiguo camino, no había árboles grandes. Enfocó con la

linterna a ambos lados y comprobó que todos eran arbolitos muy pequeños. Esa podía ser la razón por la que el camión era capaz de avanzar destrozando el bosque. De todos modos, era extraño que no se quedara atrapado con tanta maleza.

Empezó a correr por el sendero, pero su velocidad no era suficiente: el vehículo seguía recortándole distancia. Al mirar hacia atrás, vio aparecer dos potentes faros a menos de treinta metros de distancia, mientras las ramas volaban en todas direcciones. Había llegado el momento de abandonar el sendero. Se internó unos metros en la vegetación, a su derecha, y se dio vuelta para ver pasar lo que fuera que venía detrás de ella. Unos segundos después, vio pasar una enorme retroexcavadora amarilla, aplastando todo lo que encontraba a su paso. Diez metros más adelante, la máquina se detuvo y, entonces, oyó una risotada infernal que le hizo poner la piel de gallina.

Era Green quién conducía la máquina y, de alguna manera, la había detectado.

Sara corrió entre los árboles, pero al hacer diez metros se encontró de golpe con el borde del arroyo y estuvo a punto de caer. En el último instante, su brazo se agarró a un pequeño arbolito a su derecha, lo que evitó la caída, pero para eso tuvo que soltar la linterna, que cayó al agua apagándose.

Oyó como Green ponía la marcha atrás y retrocedía por el sendero, para luego girar y volver a acelerar directo hacia ella. El estruendo de árboles destrozados era cada vez cercano. Unos segundos después, ya veía de nuevo las luces de la máquina filtrándose entre el follaje.

No tenía salida.

Se lanzó a oscuras al arroyo, cayó de pie y el agua le llegó a la cintura. Avanzó hacia la otra orilla y, después de una docena de pasos, tocó tierra delante de ella. Intentó trepar por la barranca, pero era tan escarpada como la otra y ya estaba embarrada con la lluvia que caía desde hacía un rato. Parecía imposible subir por allí. Tanteó la superficie con las manos en busca de una raíz o algo de lo que agarrarse.

Las luces de la excavadora aparecieron en el borde opuesto del arroyo. Sara pensó que frenaría allí, pero parecía que Green no había visto el curso de agua y la excavadora voló por el aire empotrándose casi de punta en el lecho del río.

Sara logró apartarse de la trayectoria de la máquina por poco y empezó a avanzar por el cauce hacia el oeste. La corriente estaba en contra, lo que le dificultaba el avance. Miró hacia atrás, pensando que Green bajaría de la máquina e intentaría perseguirla a pie, pero volvió a equivocarse. A pesar de estar casi sumergido por completo, el motor de la excavadora continuaba encendido gracias a que tenía un escape tipo chimenea que quedaba fuera del agua. Green aceleraba el motor intentando maniobrar la máquina. Sara siguió avanzando hasta que tropezó con una piedra y cayó hacia adelante. Al volver a sacar la cabeza del agua, las luces de la máquina volvían a apuntarle, y estaban muy cerca.

Pensó que todo se acabaría. Moriría aplastada.

Cuando la excavadora ya estaba casi encima de ella, las luces iluminaron una raíz colgando desde la orilla derecha. Era su última oportunidad. Sara se aferró a ella con desesperación, levantando su cuerpo justo antes de que la máquina pasara. Quedó colgando de la raíz, pero le era imposible terminar de subir a la orilla porque aún había más de un metro hasta arriba del todo.

Green frenó unos metros más adelante y puso la marcha atrás. Entonces, un milagroso brazo salvador aferró el suyo y tiró de ella hacia arriba. Soltó la raíz, y estiró hacia arriba también el brazo derecho. La persona que estaba sobre ella pudo tomarla por ambos brazos y terminó de subirla.

Green seguía alejándose por el arroyo. Entonces, el desconocido tomó una linterna y se iluminó su propio rostro, mostrando una sonrisa aún empapada de miedo.

Era increíble.

—¡Dios mío! —gritó Sara—. ¡Antonio! Me has salvado la vida. ¿Cómo me has encontrado?

—Ahora te lo cuento. Pero mejor alejémonos de aquí antes de que el tío ese encuentre un sitio por donde sacar la excavadora del río.

—Sí, vamos.

El bosque no era tan denso en esa zona y les permitía avanzar con cierta soltura. Después de alejarse un par de cientos de metros, aún podían oír el motor de la excavadora, aunque cada vez más lejos. A los pocos minutos, se empezó a notar un leve resplandor hacia adelante. Continuaron caminando hasta desembocar en el gran claro del edificio de la escuela de policía. Todas las luces estaban encendidas y algunos de los grandes ventanales estaban rotos.

Sara se volvió hacia Antonio.

—Cuéntame —dijo—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Sonia me llamó al hotel para decirme que habías salido faltando ya poco para la cena, y al momento me olí que algo raro planeabas. Te llamé. Como no contestabas llamé a la casa de Juan y allí me desayuné con que él también estaba desaparecido desde las tres de la tarde. No lo pensé más y, a pesar de que Sonia no estaba para nada de acuerdo, tomé prestado su coche y aquí estoy. Desde la autopista ya se oían los disparos. Entonces me metí por un camino del parque que está del otro lado de la carretera y aparqué el coche. Luego crucé la carretera y caminé hacia el lugar donde se oía la mayor cantidad de disparos. Llegué justo aquí dónde estamos ahora, y estuve un rato observando el tiroteo sin entender nada y sin saber dónde podías llegar a estar tú, hasta que escuché el ruido de la excavadora y fui a ver de qué se trataba.

—Es de verdad un milagro que me hayas encontrado.

—Dios debe haberme guiado, de otra manera hubiera sido imposible llegar hasta ti. Ahora tienes que contarme qué significa todo esto.

—Vale. Creo que Alberto se ha organizado para atacar el complejo del Árbol de Cristal. No me ha avisado que lo haría, supongo que para evitar que me involucre.

Y bueno, he venido a tratar de ayudarlo. El problema es que me topé con Green por el camino.

—¿Entonces era Green el de la excavadora?

—Sí, el mismísimo señor verde en persona. Debe tener alguna especie de sexto sentido, si no, no me explico cómo me ha rastreado.

—Lo poco que he entendido desde que llegué aquí, es que uno de los bandos está dentro del edificio y el otro está desperdigado por el bosque. La mayor parte del segundo grupo, parecen estar allá, en el otro extremo del claro. —Antonio señaló hacia el este—. ¿Sabes en cuál de los dos bandos está Alberto?

—En el que está adentro del edificio.

—¿Quieres que intentemos reunirnos con él?

—Sí, pero estoy preocupada por Juan. Sospecho que también tiene que estar por aquí.

—Yo pensaba que estaría contigo.

—No.

—Entonces tiene que estar con Alberto.

—Sería lo más lógico.

Antonio permaneció un momento pensativo.

—No sé cómo lo haremos —dijo—, pero vamos

Aún se oían disparos esporádicos hacia el este. Sara observó el edificio y notó que adentro había movimiento. Buscó con la mirada alguna opción para llegar hasta allí. Estaban a algo más de cien metros de distancia y, un poco más hacia el oeste, había un pequeño grupo de árboles más o menos a mitad de camino.

—¿Qué te parece si primero corremos hasta esos árboles? —preguntó.

—Vale, pero evitemos quedar al descubierto lo más posible.

Salieron de su escondite y corrieron hasta los árboles sin que nada sucediera. Desde ese lugar, podían ver varias ventanas abiertas en el edificio en las cuales la luz estaba encendida. Eligieron una de las ventanas y corrieron hacia ella. Cuando

les faltaban pocos metros para alcanzarla, se oyó un disparo a lo lejos y al instante el silbido de una bala que pasó muy cerca.

Sara se tiró al suelo y se quedó inmóvil. Vio que Antonio hacía lo mismo a su lado. Después de un rato, Antonio le hizo una seña y empezaron a sobre sus codos, recorriendo el trecho que les quedaba hasta el edificio. Se escondieron detrás de un arbusto que estaba pegado a la pared, justo debajo de la ventana.

Sara se levantó de a poco hasta poder asomarse sobre el dintel de la ventana. Trepó al marco y saltó adentro. Luego se dio vuelta para indicarle a Antonio que la siguiera. En el momento en que Antonio saltaba adentro de la habitación, la puerta que daba al pasillo se abrió de golpe y dos hombres armados irrumpieron apuntándoles con los fusiles.

—¡Al suelo, carajo! —gritó uno de ellos.

Sara obedeció y sintió que le apoyaban el cañón del fusil en la espalda.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó el hombre a su espalda.

—Soy Sara Valdivia.

El hombre apartó el fusil.

—¿No serás la Sara de Alberto?

—Esa misma.

El hombre le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

—Disculpen el recibimiento —dijo—. Síganos.

Subieron por una escalera hasta el primer piso y recorrieron toda el ala este del edificio hasta llegar a una habitación que estaba en penumbras.

—¡Sara! —era la voz de Alberto.

Sara entró y unos brazos la rodearon.

—No tendrías que haber venido —dijo Alberto.

—No podía dejarte solo. Cuéntame qué está pasando.

—Intentamos atrapar a Green, pero logró escapar. El plan era sorprenderlo durmiendo, pero llegamos demasiado temprano y estaba reunido con otras personas



en el comedor. De todas formas, decidimos aprovechar la ocasión y atacarlos en ese momento. Volamos con explosivos las dos entradas que bajan a los subterráneos para evitar que se escaparan por ahí y, a su vez, dejamos aislados a los de abajo para que no puedan subir a ayudarlos. Hasta ahí salió todo bien, pero lograron escapar hacia el bosque por alguna salida que nosotros desconocíamos. Este lugar está lleno de pasajes secretos. Ahora tenemos la escuela bajo control, pero no nos sirve de nada porque no podemos quedarnos acá eternamente. En algún momento, recibirán refuerzos y tendremos que salir. Están en el linde este del bosque. — Señaló la ventana—. Desde allí nos disparan.

—¿Juan está aquí contigo?

—No. ¿Debería estarlo?

—Ha salido de su casa a las tres de la tarde y, cuando Antonio llamó a su casa a las siete, aún no había regresado. Pensé que estaría aquí.

—No, y me preocupa lo que pueda estar haciendo. ¿No pueden quedarse un día tranquilos cada uno en su casa?

—Me parece que tú no eres precisamente el que da el ejemplo.

Hacia el este se observó un movimiento de luces entre los árboles.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Antonio.

—No lo sé. No entiendo por qué se mueven tanto. Deben estar nerviosos.

—¿Sabes que tienen una batería antiaérea? —preguntó Sara.

—¿Una batería antiaérea? ¿Es broma?

—No.

—Este Green es tan delirante que habrá pensado que como yo estuve en la fuerza aérea lo íbamos a atacar con aviones. De todas formas, estoy seguro de que no estaban enterados de nuestro ataque. Estoy pensando que quizás se estaban preparando para otra cosa y justo les caímos nosotros encima.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Nada. Ya no podemos hacer nada aquí. Nos vamos a casa... ¡Patricio!

En el umbral de la puerta apareció un joven de barba más larga que Antonio, que con el uniforme camuflado evocaba la imagen de Ernesto Che Guevara.

—Deciles que vayan saliendo de a dos mientras otros dos los cubren. Yo me voy a quedar acá para asegurarme de que los malos no se muevan. Cuando hayan salido todos, llámame por el *handie*, así salimos nosotros mientras ustedes nos cubren.

—De acuerdo —dijo Patricio y salió corriendo por el pasillo.

—Yo pensaba que este chico sólo sabía de genética, no de estrategia militar —dijo Sara.

—Y así es —dijo Alberto—, pero tuve que recurrir a lo que había disponible. Escuchen: vamos a ir por el bosque hacia el norte. Los autos están en el barrio El Carmen, como la otra vez.

Sara vio que se apagaban las luces del lado norte del edificio. Los compañeros de Alberto empezaron a salir. Entonces, un potente reflector se encendió en el sector este del claro, iluminando todo el campo y dejando a los hombres de Alberto al descubierto. No hubo disparos, pero todos empezaron a regresar al edificio.

Una explosión se oyó en el sector del bosque que ocupaban los hombres de Green y dos segundos después una montaña de tierra y pasto se levantó muy cerca de los hombres que regresaban.

—Eso debió ser la batería antiaérea —dijo Sara.

—No —dijo Alberto—, las baterías antiaéreas disparan municiones de pequeño calibre. Y eso —señaló por la ventana—, de pequeño no tiene nada.

El *handie* que estaba sobre el escritorio empezó a sonar. Alberto lo tomó y activó el botón para hablar.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—Tuvimos que volver —dijo Patricio—. ¿Qué hacemos ahora?

—Salgamos hacia el oeste. Así el edificio nos va a cubrir de la artillería que están desplegando estos hijos de puta. Esperen en la puerta. Nosotros también bajamos.

Hubo otro fogonazo en el este. Un segundo después, una tremenda explosión hizo temblar todo el edificio. Todos los cristales que quedaban sanos, estallaron.

Alberto tomó a Sara por el brazo.

—Vamos —dijo—, salgamos de aquí de una vez.

—Están destrozando el edificio —dijo Sara.

—Sí, y con ese último fogonazo llegué a ver de dónde salen los disparos. Tienen un tanque. Me gustaría saber de dónde mierda lo sacaron. Alguien groso los tiene que estar bancando.

Al salir pasillo, Sara vio que las dos puertas que había a continuación habían reventado y que de ellas salían sendas nubes de polvo. Corrieron escaleras abajo para reunirse con sus compañeros. Al llegar al vestíbulo, otra explosión sacudió el edificio y la enorme lámpara de cristal que adornaba el centro del vestíbulo se desplomó, impactando contra el suelo y lanzando esquirlas de vidrio en todas direcciones. Fuera se oían ruidos de motores acercándose.

### *Sábado 31 de Diciembre, 21:33*

Juan estaba justo dónde tenía que estar, en el punto cero. Sentía una sed irresistible, pero algo dentro de su cabeza le decía que tenía que esperar para beber. Esperar... esperar a que el árbol le diera su leche.

Había llegado hacía horas, en su bici, cuando todavía hacía mucho calor, pedaleando veinte kilómetros bajo el sol de la tarde y sin haber bebido nada desde el almuerzo. Hacía rato que había visto llegar a Sara. Ella se había sentado en un tronco al otro lado del claro. Él la había mirado en silencio, pero en ese momento Sara no era lo importante. Un rato después, Sara se había ido y habían empezado los disparos, pero eso tampoco le preocupaba, porque sólo era un juego de niños

para distraer la atención. Lo que de verdad importaba ahora, era que el árbol estaba recibiendo su energía y que ya estaba casi listo. Listo para descargarla. Pronto. Sólo tenía que esperar un poco más.

Algunas finas gotas de lluvia comenzaron a caer. Caminó hasta el centro del claro y dejó que su camisa se fuera empapando. Tenía muchas ganas de levantar su boca hacia el cielo y dejar que el agua le calmara la sed, pero sabía que tenía que mantener el estómago vacío. Al mismo tiempo, el árbol fue apagándose hasta quedar en oscuridad otra vez. Cuando su ropa estuvo mojada por completo, caminó hasta el árbol y tocó su corteza. Era rugosa y áspera. Algunas gotas ya resbalaban por el tronco y, a medida que la tormenta arreciaba, esas gotas iban convirtiéndose en pequeños hilos de agua.

Apoyó la boca en una de esas pequeñas cascadas que bajaban desde la copa y absorbió un líquido dulce. La leche del árbol se ponía más viscosa a medida que le bajaba por la garganta. Su cuerpo empezaba a tomar temperatura y los músculos se le tensaban. Continuó tragando hasta que sintió una descarga eléctrica que lo separó del tronco de un golpe. Estaba saciado. El tanque ya estaba lleno. Ahora tenía la energía suficiente para hacer cualquier cosa.

Levantó su bici roja y la montó. Comenzó a rodar, internándose en los senderos, sin pensar en nada, dejándose vagar sin rumbo fijo. Sentía las piernas calientes, llenas de potencia. Fue tomando cada vez más velocidad. Su antigua torpeza sobre la bici había desaparecido. Se sentía hábil y dinámico. Al principio, frenaba un poco en las curvas, pero luego fue dándose cuenta de que no era necesario. La bici se acomodaba y giraba sin problemas. A medida que la lluvia caía, el suelo se fue poniendo cada vez más resbaloso. Juan se relajó, dejando los brazos flojos y que el manubrio fuera casi libre. La bici derrapaba con suavidad sin perder el control. Entró en un estado de éxtasis tan fuerte, que empezó a darle risa, como si le estuvieran haciendo cosquillas. Entonces giró el manubrio con contundencia hacia la izquierda y se internó sin titubear dentro del cañaveral. Pedaleaba con tal

potencia, que las cañas se doblaban a su paso. Algunas lo rozaban, pero no lo lastimaban. Su piel estaba tensa y flexible al mismo tiempo, como si fuera de látex. Era apenas consciente del tiroteo que se estaba desarrollando hacia el oeste. Entonces sus piernas aceleraron hasta una velocidad inverosímil, y sólo vio verde y más verde golpeando contra su cara.

De pronto el cañaveral se acabó y salió a un claro. Apretó ambos frenos y la bici se detuvo, derrapando en la hierba. Miró a su alrededor.

Justa adelante, había un pino inmenso y muy ramificado casi desde el nivel del suelo. Lo reconoció enseguida. Era el llamado *pino de los doce cadetes* que Eduardo le había mostrado en una foto. Según Alberto, ese árbol no era un pino, sino un ciprés de monterrey, uno de los originales de la primera plantación de Juan Pereyra. En la última visita al complejo, él y Sara habían visto un manojito de cables que salían de la sala de la sala de control y que llegaban hasta un lugar que Alberto había calculado que era justo debajo este árbol.

Juan observó las frondosas ramas que se perdían en la oscuridad.

—Tengo que hacer algo aquí —se dijo a sí mismo—, pero no sé qué

Entre el ruido de los disparos también oyó el sonido de un motor acelerando y luego le pareció escuchar el grito de una mujer. Se quedó quieto, en silencio, pero el ruido del motor fue alejándose y no volvió a oír más nada.

Dejó la bici en el suelo y caminó hacia el majestuoso ciprés. Enseguida descubrió que, en efecto, un cable salía de la tierra y subía por el tronco. ¿Tendría que cortar ese cable? ¿Sería eso lo que tenía que hacer? El cable era muy grueso y llevaba un tensor de acero adosado. Si pretendía cortarlo, tendría que ir a buscar algo con qué hacerlo. Pensó que sería interesante saber a qué estaba conectado. Miró hacia arriba. El cable subía y se perdía entre el follaje.

Una gran rama quedaba a la altura de su pecho, y lo invitaba a subir. Siempre le había dado vértigo la altura y, por esa razón, trepar árboles nunca había sido uno de sus fuertes, pero hoy estaba inspirado.

Trepar le resultó fácil. Las ramas eran anchas y estaban muy juntas unas de las otras. Era casi como subir una escalera. Luego, la tarea fue complicándose de a poco hasta que llegó a un lugar en el que parecía que no se podía continuar subiendo. Hacia la derecha había una rama desde la que se podía alcanzar las superiores, pero esa rama estaba fuera de su alcance. Estudió las ramas que había a su alrededor y vio, más arriba, una rama que le dio una idea. Se colgó de ella con ambos brazos, balanceando su cuerpo en el aire varias veces, calculó la distancia y se soltó en el momento preciso cayendo en la rama deseada, aferrándose a ella como un mono. Desde esa rama ganó mucha altura en poco tiempo y, al superar cierto nivel, empezó a sentir el viento y la lluvia colándose entre las hojas. Era evidente que estaba por encima del nivel del resto del follaje.

El tiroteo había disminuido, aunque ahora, al estar por sobre la vegetación, podía oír los disparos de forma más nítida. Giró alrededor del tronco principal hasta encontrar un hueco libre entre dos grandes ramas que le permitía ver hacia la escuela de policía. A pesar de la lluvia y la oscuridad, podía ver todo con una claridad asombrosa que le permitía distinguir hasta los más mínimos detalles.

El edificio principal de la escuela brillaba con todas sus luces encendidas en medio de un gran claro que tenía al menos cuatrocientos metros de largo por doscientos de ancho. Hacia el oeste, el claro estaba abierto y se divisaban las luces anaranjadas del Camino Centenario. Allí había varios vehículos detenidos en la banquina, dos de ellos eran patrulleros de la policía con sus luces azules girando en el techo. En el extremo opuesto del claro, había cuatro potentes reflectores. Los dos de la izquierda iluminaban el espacio de campo entre el linde del bosque y el edificio de la escuela, mientras que los dos del lado derecho apuntaban hacia el cielo y hacían dibujos sin sentido en las nubes.

Varios vehículos todoterreno del ejército y un tanque se movían cerca de los reflectores. Hubo un fogonazo en el tanque y, al instante, se oyó un impacto sordo mientras que una nube de polvo se levantaba detrás del edificio de la escuela.

Entonces recordó que Alberto planeaba un ataque. ¿Tendría algo que ver con todo esto? Hubo un segundo fogonazo, y esta vez el tiro dio directo en el edificio, formando una nube de polvo de mayor dimensión que la anterior. Al disiparse el polvo, se dejó ver un amplio y redondo boquete en una de las paredes. Tres vehículos partieron desde el extremo oeste del claro y avanzaron a toda velocidad hasta colocarse en diferentes posiciones alrededor del edificio. El tanque también avanzó y atravesó el claro hasta sobrepasar el frente de la escuela, allí giró ciento ochenta grados, bajó un poco la torreta y disparó directo hacia el frente del edificio desde menos de cincuenta metros de distancia.

El impacto hizo desaparecer por completo la puerta principal y una lengua de fuego brotó del lugar. El tanque fue girando la torreta mientras volvía a disparar varias veces, barriendo a izquierda y derecha hasta que el frente del edificio y parte del techo se derrumbaron. Una buena parte del casco de la estancia de Juan Pereyra ya era historia.

Por las ventanas empezó a salir fuego mientras empezaban a bajar soldados de los vehículos todoterreno y corrían apuntando sus fusiles hacia lo que quedaba del edificio. Durante varios minutos no sucedió nada, mientras el incendio se generalizaba. Unos segundos después, un grupo de personas comenzó a salir del edificio en llamas con las manos en alto. Sintió que el estómago se le daba vuelta cuando vio a la última persona en salir.

Era Sara.

Se quedó estupefacto. ¿Qué hacía Sara allí? Tenía que bajar de ese estúpido árbol y hacer algo para ayudarla.

Apenas había comenzado a bajar, cuando vio que el bosque se iluminaba con un color rosado. Pensó que sería el fuego lo que originaba esa luz, pero el resplandor no venía de la escuela de policía sino de un lugar hacia el este que su agujero en la copa del árbol no le permitía ver. Cambió de rama para buscar una mejor perspectiva hacia esa dirección. Entonces lo vio.

Era el Árbol de Cristal que brillaba. No blanco como siempre. Ahora estaba rosado y, lo que le otorgaba el brillo, no era la luna, sino una nube de color rosa que estaba sobre él. Entre la nube y el árbol se distinguía un fino hilo de luz que los conectaba. Ese hilo parecía tener una especie de fluidez, como si fuera líquido que por momentos bajaba y en otros subía. Todo el conjunto emitía una luz de una tonalidad sobrenatural.

Juan se quedó observando el inusual espectáculo. Luego, la conexión entre el árbol y la nube se fue disipando hasta desaparecer y, dos o tres minutos más tarde, la nube misma también comenzó a deshacerse hasta que dejó ver lo que se escondía en su interior.

Era un objeto redondo y achatado, de aspecto sólido y metálico, con una hilera de pequeñas luces blanco azuladas en el borde. Era tal cual como se dibujaban los OVNIS en la ficción, aunque mucho más bello. La parte inferior del objeto era la responsable de emitir esa potente luz rosa.

Juan sonrió.

La nave empezó a moverse hacia el oeste hasta que salió de su campo visual. Juan volvió con rapidez a la rama desde la que había estado observando el tiroteo y, desde allí, pudo volver a ver la nave, que ahora avanzaba en dirección al edificio de la escuela de policía. El incendio se había extendido y las llamas cubrían el edificio por completo. Parte del bosque lindero hacia el norte también estaba incendiándose.

En ese momento, al tener más puntos de referencia, Juan calculó que la nave tendría sesenta o setenta metros de diámetro y que estaría suspendida a unos ciento cincuenta metros de altura. La gente que estaba debajo, miraba y señalaba hacia arriba. Algunos corrían hacia cualquier parte intentando ponerse a cubierto. Juan intentó ubicar a Sara, pero no logró verla por ningún lado. Los vehículos todoterreno se pusieron en marcha y desaparecieron dentro del bosque. Mientras tanto, en el Camino Centenario ya había varias decenas de autos detenidos y la gente que viajaba en ellos salía a mirar la nave mientras los policías intentaban



hacerlos regresar a sus vehículos. Un auto chocó contra los que estaban parados. A lo lejos, media docena de autobombas venían desde el lado de Villa Elisa, intentando abrirse camino entre el atasco de curiosos. El descontrol iba en aumento.

Los cuatro reflectores que estaban en el linde del bosque unieron sus trayectorias lumínicas y apuntaron hacia la nave, contrarrestando en parte su brillo rosado. El tanque empezó a moverse y desapareció detrás del edificio para reaparecer unos segundos después por el otro lado. Entonces levantó su torreta hasta un ángulo de unos sesenta grados y abrió fuego.

El tiro impactó contra la nave y se oyó un «ponk» metálico. El color rosa de la nave se apagó por completo, quedando sólo encendidas las pequeñas luces laterales. Justo entre los reflectores, se vio un fogonazo y se oyó otra explosión. El tiro impactó cerca de la banquina del Camino Centenario, reventando uno de los coches patrulla y sembrando el pánico entre la multitud que allí se había congregado. Algunos intentaban subir a sus autos y escapar, mientras otros corrían a refugiarse al otro lado del camino dentro del parque. El arma que estaba entre los reflectores corrigió la puntería y efectuó tres disparos seguidos que hicieron blanco directo en la nave. El tanque también volvió a disparar dando en el blanco varias veces. Al recibir la andanada de disparos, la nave se balanceó ligeramente y luego retornó a su posición. Entonces, una persona salió al claro en pleno bombardeo y levantó los brazos hacia la nave, lanzando un grito agudo e inhumano que era imposible interpretar si era de rabia, dolor, o euforia. Juan reconoció al individuo de inmediato. Era Green.

El tanque y la batería antiaérea continuaban disparando e impactando en la nave mientras todo el lugar se llenaba de humo, tanto por los disparos como por el incendio que ya se extendía por el bosque en varias direcciones. Green desapareció de la vista entre la humareda. ¿Estarían esos impactos dañando la nave? El ruido que hacían no era tranquilizador. ¿Cómo podía ser que no se defendieran? ¿No

tendrían armas? ¿No habrían venido preparados para esto? ¿Green habría logrado tomarlos por sorpresa?

A pesar de la visión extra que le había dado el elixir del árbol, Juan cada vez podía ver menos a causa del humo que ya se extendía por todo el claro. Sólo distinguía algo en dirección hacia el Camino Centenario, dónde los bomberos intentaban auxiliar a los heridos por el impacto del proyectil en medio de un gran caos.

En ese momento la sensación de urgencia volvió a hacérselo presente. Él tenía que hacer algo.

Cerró los ojos, intentando desesperadamente separar su pensamiento de la escena surrealista que estaba contemplando, tratando de recordar el motivo por el cual estaba trepado a veintidós metros de altura.

Se dejó resbalar por la rama hasta llegar al tronco principal. Allí estaba el cable que seguía hacia arriba. Levantó la cabeza mientras más explosiones se producían a su espalda. Allá arriba había una pequeña luz roja que formaba parte de algún aparato que el follaje no le permitía distinguir de qué se trataba. Estaba a cuatro o cinco metros sobre su cabeza, en la última rama del árbol. Parecía riesgoso en extremo subir hasta allí. La copa del ciprés oscilaba con el viento en ese último tramo.

Tenía que intentarlo. Si alguien había logrado subir hasta allí para instalar el aparato, él también tenía que ser capaz de hacerlo. A medida que subía, las ramas se hacían más finas, hasta que llegó a un punto en que temía descargar todo su peso de su cuerpo en una sola rama y trataba de distribuirlo en al menos en dos de ellas al mismo tiempo. En el último metro no se atrevió a pisar los delicados brotes y subió abrazado con brazos y piernas al ya delgado tronco principal. El cable estaba conectado a una pequeña antena parabólica motorizada con una caja rectangular en la parte inferior. La antena se movía, haciendo pequeñas correcciones de posición. Juan intentó ver hacia dónde apuntaba, pero al girar la cabeza el vértigo lo invadió

y cerró los ojos, clavando las uñas en el tronco. Tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para volver a abrir los ojos. Giró la cabeza muy lento y comprobó lo que su mente ya intuía.

La antena apuntaba a la nave.

Estiró el brazo y arrancó el cable.

Todavía sostenía el conector en su mano cuando el árbol se estremeció de forma violenta. El único brazo con el que se estaba sosteniendo se soltó del tronco. Sólo sus piernas resistieron el embate y permanecieron aferradas al árbol mientras su torso se separaba pivotando hacia atrás y luego hacia abajo hasta que su cabeza golpeó contra el tronco. Quedó cabeza abajo, aferrado sólo por sus piernas, con la espalda pegada al tronco y mirando al vacío. Los brazos aleteaban en el aire sin encontrar nada a lo que aferrarse. Entonces sus piernas comenzaron a resbalar en la corteza húmeda. Empezó a caer lentamente, primero un metro, luego dos. Golpeó contra una rama. Volvió a deslizarse con mayor velocidad hasta que dio un fuerte golpe en un hombro y la caída se detuvo. Había quedado encajado cabeza abajo entre dos ramas. Tenía el brazo izquierdo aprisionado y no podía moverlo, mientras que el derecho no le servía para nada ya que con él no alcanzaba ninguna rama. Cada vez que se movía, el peso del cuerpo lo encajaba aún más entre las ramas.

Un vehículo pesado aceleró de forma violenta y un segundo después el ciprés volvió a estremecerse. Ese segundo golpe no lo afectó demasiado. Estaba claro que lo habían descubierto y que estaban golpeando el árbol con un camión o algo por el estilo. De todas formas, el trabajo ya estaba hecho: la antena, tuviera la función que tuviera, estaba desconectada. Se sucedieron más aceleradas del vehículo y más cimbronazos del árbol. Después de al menos diez embestidas, le pareció que el árbol cambiaba ligeramente de ángulo. ¿Sería posible? Era un árbol muy grueso, que en la base debía de tener al menos tres metros de diámetro.

Entonces se acordó del tanque.

No podía ver la nave ni lo que sucedía en el claro, pero recordaba que poco antes de desconectar la antena, el tanque continuaba en el claro disparándole a la nave. No creía que pudiera haber llegado hasta ahí tan rápido, pero existía la posibilidad de que hubiera un segundo tanque que él no había visto. Los golpes continuaban mientras el ciprés iba inclinándose poco a poco hasta que el ángulo se hizo notable, y le hizo temer que en algún momento el propio peso del árbol lo derribaría. Al cambiar el ángulo del árbol, ahora podía ver unas luces que retrocedían y que luego volvían a acercarse a toda velocidad. Otro golpe y el árbol se puso a casi a cuarenta grados. Entonces empezó el crujido, primero era suave, pero luego se oían ramas rotas estallando por doquier. El instinto le hizo apretar más las piernas y el culo contra el tronco como si eso le fuera a servir de algo. Entonces sucedió algo extraño: en vez de ir hacia abajo, empezó a subir. Eso le hizo acordar al *Titanic*, cuando en el último momento la popa se levantó en el aire antes de irse al fondo del mar. En el gigantesco ciprés parecía que sucedía lo mismo, aunque Juan no entendía por qué. Cuando casi había recobrado la posición vertical y aún la madera estallaba por todos lados, vio que el tronco principal se abría longitudinalmente de arriba hacia abajo, desgajándose en cuatro partes. Entonces, la parte que quedaba a su derecha, se desprendió del resto y desapareció en medio del bosque cayendo con un gran estruendo. Luego le tocó el turno a la parte izquierda, que también cayó aplastando todo lo que había a su paso. Un gran espacio vacío quedaba ahora a su izquierda y podía volver a ver el claro. Había mucho humo y fuego. Hubo un momento de calma en el que le pareció que el árbol podría llegar a equilibrarse. Sin embargo, unos segundos después, los crujidos se reanudaron y, aunque no pudo verlo, oyó cómo la parte del árbol que estaba a sus espaldas también caía con un ruido aún más ensordecedor. La misma vibración que produjo el tercer gajo al golpear contra el suelo, hizo que el cuarto y último gajo se balanceara. Primero hacia atrás y luego hacia adelante, hacia el vacío.

Lo último que vio Juan fue la nave, que había cambiado de posición. Ahora estaba más cerca. Y brillaba de nuevo, envuelta en una nube de humo rosado.

*Sábado 31 de Diciembre, 22:40*

Eduardo se había ofrecido a suplantar a Juan mientras este regresaba de su paseo, y en ese momento estaba de pie, al lado de la parrilla, con la carne cocida hacía ya rato. Los chicos habían estado jugando durante toda la tarde, pero ahora estaban sentados a la mesa en silencio. Cuando Laura salió al patio y miró su reloj por enésima vez, todos la miraron esperando de ella una respuesta.

—Ustedes coman, yo me voy a buscar a Juan —dijo.

—No vas a ir sola —dijo Sofía.

—Sofía tiene razón —dijo Eduardo—. Vamos todos.

Eran ocho en total, de modo que tuvieron que utilizar dos autos. Laura esperó con impaciencia que Eduardo subiera con su pierna aún maltrecha en el asiento del acompañante, al tiempo que Sofía y Santiago se acomodaban en el asiento de atrás. Puso rumbo a la autopista observando, de vez en cuando, los espejos para asegurarse de que el auto de Bárbara aún los seguía. En algo más de veinte minutos llegaron a Gutiérrez y dejaron la autopista para encarar el Camino Centenario. A medida que se acercaban al parque Pereyra, el cielo se iba iluminando con un color rojizo. Laura pensó que serían fuegos artificiales —habían visto muchos por el camino desde la autopista—, pero, al pasar la entrada principal del parque, supo cuál era la verdadera causa del resplandor: el bosque estaba en llamas. Cuando volvió la vista al frente vio que no era sólo eso. En el auto de atrás, también parecían haber visto lo mismo, porque le hacían frenéticas señas con las luces. Empezó a disminuir la velocidad.

El camino estaba bloqueado por una decena de autos chocados. Laura continuó acercándose hasta unos cincuenta metros de la colisión múltiple y sacó el auto del camino, alejándose del asfalto para evitar que otros autos que llegaran por detrás pudieran chocarlos. Todos bajaron de los autos y contemplaron el espectáculo que tenían delante.

Era un auténtico campo de batalla.

Por la mano contraria, tres autos de la policía intentaban avanzar esquivando los autos chocados y los destrozos. Un poco más adelante, también sobre la mano contraria, había un cráter en medio del asfalto, como si hubiera caído una bomba o un meteorito. Al lado del cráter había un auto de la policía que parecía haber reventado desde adentro hacia afuera. Más allá, no menos de cinco autobombas y otros vehículos de los bomberos, tomaban posiciones para combatir el incendio. Una de las autobombas estaba atravesando la hondonada que seguía a la banquina en dirección al edificio de la escuela de policía.

Laura no tuvo dudas de que Juan, Alberto y Sara, todos igualmente desaparecidos desde hacía horas, tenían algo o, mejor dicho, mucho que ver con todo ese caos.

Por la visión periférica, vio que Sofía avanzaba hacia adelante y la retuvo por el hombro.

—¡Mamá! —gritó Sofía—. ¡Mirá allá arriba!

Laura levantó la vista hacia dónde señalaba su hija y, entre la densa humareda del incendio, vio algo sólido suspendido en el aire. Algo enorme de color rosa.

—Vamos a buscar a papá —dijo Sofía—. Nos necesita.

*Sábado 31 de Diciembre, 23:21*

Sara tenía los brazos atados a la espalda con precintos. Con la punta de los dedos podía tocar la mano de Antonio, que estaba justo detrás de ella. Alberto estaba atado a un árbol cuatro metros más lejos, con la cara chorreando sangre producto de un golpe proveniente de la culata de un fusil. A pesar del golpe, Alberto le había hecho una señal de que se encontraba bien. Patricio estaba detrás de Alberto, amarrado al mismo árbol. Unos matones les apuntaban con armas y, en apariencia, esperaban instrucciones.

Estaba segura de que cuando apareciera Green los mandaría matar a todos. Por esa razón, ya no pensaba más en nada, sólo rezaba. Entró en una especie de sopor que la fue adormeciendo hasta que empezó a soñar que estaba de nuevo en su casa de España. Allí encendía la computadora y en el fondo de pantalla aparecía una foto del bosque. Luego la imagen se deformaba por completo y quedaba solo un árbol. El árbol estaba inclinado y de una de sus ramas Juan colgaba cabeza abajo.

La horrible imagen de Juan muerto la hizo despertar y volver a la realidad. Poco después, la excavadora amarilla hizo su entrada triunfal por la otra punta del claro y enfiló hacia ellos. Cuando estaba a unos cien metros, Sara ya podía ver la cara sonriente de Green en la cabina. Green detuvo la excavadora justo delante de ellos y descendió. Fue directo hacia Sara y se puso en cuclillas frente a ella.

—Estuvo divertido en el río, amiga mía. Luchaste bien, como a mí me gusta, como felino atrapado. Pero después recibiste ayuda externa. Y eso es trampa. — Estiró un brazo y agarró a Sara por el pelo obligándole a bajar la cabeza, luego se acercó al oído de Sara—. Y a los tramposos hay que descalificarlos. Así que... *game over*. —Se levantó y miró hacia uno de sus hombres—. Dame eso. —Ordenó señalando un arma.

Green tomó el fusil y apoyó la boca del cañón en un hombro de Sara, luego lo movió hacia el cuello hasta detenerse sobre la oreja.

Al sentir el frío del metal sobre su piel, a Sara se le puso la mente en blanco. No podía pensar en nada. Aún tenía la cabeza mirando hacia abajo y empezó a notar como el suelo se iluminaba de rosado. El metal dejó de tocar su piel. Entonces levantó la cabeza y miró.

La nave había vuelto a encenderse con ese color rosado brillante, iluminando todo el terreno que estaba debajo de ella, y se movía.

Green giró la cabeza hacia arriba, visiblemente alarmado, y siguió la nave con la mirada. La nave descendió casi hasta tocar las copas de los árboles más altos. La batería antiaérea realizó varios disparos, pero ahora los proyectiles explotaban unos metros antes de alcanzar la nave, como si una barrera invisible los hiciera detonar. Cuando la nave llegó a una distancia de unos de cien metros de la batería antiaérea, esta simplemente explotó, sin que se haya visto ningún tipo de disparo por parte de la primera.

A Green se le borró la sonrisa de la cara. Se quedó petrificado observando la nueva situación. La nave volvió a moverse, dirigiéndose esta vez hacia ellos. El tanque, que estaba justo a mitad de camino, aceleró intentando escapar hacia el bosque. Sara esperaba verlo explotar en cualquier momento de la misma forma en que lo había hecho la batería, sin embargo, cuando la nave lo alcanzó, el tanque simplemente se detuvo. La escotilla superior se abrió y tres hombres escaparon a la carrera. La nave continuó su avance acercándose a la posición en dónde ellos se encontraban. A menor altura, su tamaño parecía colosal. Los matones que los custodiaban intercambiaron miradas de pánico y salieron corriendo en distintas direcciones.

—¡Malditos miedosos! —gritó Green—. ¡Vuelvan aquí!

Nadie le hizo caso. Ni siquiera él mismo parecía estar demasiado seguro acerca de su propia situación. Después de un momento de duda, volvió a subir a la



excavadora y aceleró en dirección al bosque, dónde desapareció en medio del crujir de las ramas rotas. La nave volvió a elevarse y aceleró su marcha, perdiéndose de vista detrás de los árboles hacia el sur.

Sara vio una autobomba acompañada por varios bomberos y policías a pie que avanzaban hacia el edificio de la escuela con la intención de combatir el fuego. Alberto les gritó, pero el barullo era infernal y nadie lo escuchaba. El incendio seguía propagándose por el bosque hacia el norte y ahora también hacia el este. El fuego había cobrado tal dimensión, que iba a resultar muy difícil de extinguir. Cuando ya estaba comenzando a rezar de nuevo para que el incendio no los alcanzara, sintió que unas suaves manos acariciaban las suyas y la liberaban de las ataduras. Al darse vuelta se llevó una gran sorpresa. Era Sofia, la hija de Juan.

—¿Has venido sola? —preguntó.

Sofía señaló hacia el árbol dónde estaba Alberto, y Sara vio que allí estaba Laura desatándolo. Entonces se dio la vuelta para desatar a Antonio y se encontró con que Bárbara se le había adelantado.

—¿Mi papá estaba con ustedes? —preguntó Sofía dirigiéndose a Sara.

—No, no lo hemos visto.

Entonces Sara recordó la imagen de Juan muerto en el sueño y dudó acerca de si continuar hablando. Lo pensó un momento.

—Puede ser que yo sepa dónde está —dijo al fin.

Sofía la miró fijo a los ojos.

—Vamos a buscarlo —dijo.

Alberto le puso una mano en el hombro.

—Tenemos que asegurarnos de que Green no se escape —dijo—, si logra hacerlo va a darnos problemas eternamente.

—¿Y cómo piensas seguirlo en medio del bosque con esa excavadora? —preguntó Sara.

Alberto se dio vuelta y señaló el tanque.

—Con eso —dijo.

—Oye, Albert. Hay otra cuestión. Creo que Juan está sólo en el bosque y necesita ayuda. Lo acabo de soñar y ya sabes que en estos últimos tiempos los sueños han sido casi siempre realidad.

—Vayamos a buscarlo entonces, y dejemos que Green se vaya a la mierda.

—No. Mejor hagamos lo siguiente. Tú sigue a Green con el tanque, y los demás iremos a buscar a Juan. Pasé lo que pase nos encontraremos en el pino de los doce cadetes dentro de media hora.

—Mejor cuarenta y cinco minutos.

—Vale.

Patricio había oído la conversación.

—Vas a necesitar alguien que apunte el cañón —dijo.

—Y alguien que conozca el bosque —dijo Eduardo al lado de Patricio.

—Tripulación completa para el TAM. Eduardo en el puesto del comandante. Patricio a la artillería. Yo conduzco. Vamos antes de que se aleje demasiado.

Los tres corrieron hacia el tanque. Alberto llegó primero y trepó hasta la parte superior. La escotilla estaba abierta y por ella espió el interior. Al entrar, no pudo evitar un grito de triunfo cuando vio que el último conductor del vehículo no se había tomado la molestia de sacar la llave del contacto. Se sentó en el puesto del piloto y giró la llave en sentido antihorario. Al volverla a girar hacia la derecha, las luces del tablero se encendieron. Tocó un botón rojo que decía «arranque» y el motor emitió un sonido ronco y potente. Sólo había estado dentro de un tanque en una oportunidad, pero creía ser capaz de conducirlo. Eduardo y Patricio se acomodaron en sus puestos. Lo más incómodo de conducir un tanque era que se veía muy poco hacia afuera, solían tener una pequeña mirilla para ver el exterior. Pero la tecnología había avanzado y, en este caso, disponía de una amplia pantalla con visión infra roja. Alberto engranó la primera marcha y aceleró, siguiendo el rastro de árboles rotos que había dejado Green. Al principio le costaba mantener

una línea recta, pero poco a poco le fue tomando la mano a los controles de dirección y se atrevió a acelerar a máxima velocidad. Atravesaron varios kilómetros de bosque hasta salir por el extremo sur a la zona de quintas. Las huellas de la excavadora continuaban a través de un campo de hortalizas y, más allá, se veía el agujero que había dejado en un vivero al atravesarlo. Alberto también atravesó el vivero a toda velocidad, destrozándolo por completo ante la mirada impávida de sus dueños, que primero amagaron una protesta, y que después, al darse cuenta de qué era lo que tenían en frente, salieron corriendo. Al atravesar un camino asfaltado, se encontraron con que no había más huellas de la excavadora más allá de ese punto.

—¡Frená! —gritó Eduardo—. Tiene que haber doblado por el asfalto.

Alberto colocó los mandos en reversa y retrocedió hasta al asfalto. Luego maniobró hacia la derecha y entonces pudo ver en la pantalla como la excavadora huía a menos de doscientos metros de distancia. Volvió a acelerar a toda potencia y comprobó como la distancia empezaba a reducirse.

—Vamos a aplastar a esa mosca amarilla —dijo Eduardo.

—Déjame probar la puntería —dijo Patricio.

—¿Sabés manejar eso? —preguntó Alberto.

—Hay unos cuantos botones, pero parece fácil.

Unos segundos después el cañón se movió. Cuando se produjo el disparo, el tanque sufrió una violenta sacudida. El tiro pasó largo, y el proyectil impactó en el asfalto cincuenta metros más delante de la excavadora. Green, advertido del peligro, intentó girar a su derecha y meterse de nuevo en el campo, pero ya era demasiado tarde. El artillero había sido más rápido y, corrección de puntería mediante, ejecutó un nuevo tiro que dio de lleno en la excavadora, haciéndola volar por los aires.

Al llegar hasta el lugar en donde estaban los restos de la excavadora, Eduardo bajó del tanque y vio una figura humana envuelta en llamas que caminaba tambaleante hacia el campo. Estuvo a punto de decirle a Patricio que le disparara

con la ametralladora del tanque, pero en ese momento la figura se desplomó en el suelo y ya no se levantó.

—¡Por fin! —gritó Eduardo—. Este tipo sí que nos dio trabajo.

Patricio y Alberto también habían descendido del tanque.

—Era un hueso duro de verdad —dijo Patricio.

—Vayamos a buscar a los demás —dijo Alberto.

Regresaron al tanque y comenzaron a desandar el camino siguiendo sus propias huellas, pero al volver a entrar en el bosque se encontraron con que el viento había cambiado de dirección y el humo del incendio se dirigía hacia ellos. Gracias al sistema de visión infrarroja pudieron continuar avanzando, pero al llegar al punto de encuentro que habían acordado con Sara, se encontraron con que el fuego ya había arrasado esa parte del bosque.